



# ARIEL

Quincenario antológico de Letras,  
Artes, Ciencias y Misceláneas,

Director: FROYLAN TURCIOS.

Apartado 1622. Teléfono 2138.

SERIE 46.

San José de Costa Rica, América Central, 15 de abril de 1943.

NÚM. 136.

## SUMARIO:

I. Mi teoría del conocimiento, Las semejanzas y paisajes de José Rodríguez Cerna, *Moisés Vincenzi*.—II. Capítulos XLIII y XLIV de la novela *El Vampiro*, Dar, En el piélago azul, *Froylán Turcios*.—III. El establo, *Victor Kinon*.—IV. El costo de las guerras, *Conde del Rivero*.—V. A un olmo seco, *Antonio Machado*.—VI. Repercusión, *Dolores*.—VII. Pueblo; ¿por qué te has abandonado?, *León Gruszko*.—VIII. Froylán Turcios agradece el envío de los siguientes libros.—IX. *Myosotis*, *Jerónimo J. Reina*.—X. Diez cosas para progresar mentalmente.—XI. El gato, *Jorge Luis Buffon*.—XII. Lejanas voces amigas.—XIII. El espíritu de la madre, *Hilda Chen Apuy*.—XIV. Apólogo, *Michewics*.—XV. Epitafios, *Teócrito*.—XVI. Dos terribles duelistas, *Emilio Colombey*.—XVII. El carácter.—XVIII. Evocación

de Cristina de Suecia.—XIX. Miscelánea interesante.—XX. Sueño, *Gabriel R. Aguilar*.—XXI. Pastoral, *Myriam Francis*.—XXII. El retorno del amado, *Gibrán Kalil Gibrán*.—XXIII. Diez cosas para progresar socialmente.—XXIV. La Atlántida, *M. Santiestéban*.—XXV. El día más feliz de la emperatriz Eugenia.—XXVI. El tirador silencioso.—XXVII. Consejos, *L. Cadena*.—XXVIII. El destino.—XXIX. Adulación.—XXX. Frase ingeniosa.—XXXI. Bolívar, crítico literario y poeta.—XXXII. Un distraído.—XXXIII. Las momias que curan.—XXXIV. La patria, *José Ingenieros*.—XXXV. Diez años de aprendizaje.—XXXVI. Los días feriados en la Roma imperial, *Jerónimo Carcopina*.—XXXVII. Generosidad.

## LA COLABORACIÓN DE ARIEL SERÁ SOLICITADA

### MI TEORIA DEL CONOCIMIENTO INTEGRAL

El hombre es, más que un organizador, un aturdido: sus ideas marchan al galletete, haciendo, a su paso, un destrozo descomunal en los más puros sembrados de la mente. De otra manera, no existirían, en un mismo escritor, por ejemplo, un erudito y un beodo; en un poeta excelsa, un pedante insoportable; ni en un vanidoso, un buen soldado o un padre de familia paradigmático. A veces tropezamos en la calle con un necio erudito; o tenemos que soportar en la arcada, las sangrientas, festinadas y contradictorias sátiras de un filósofo; o la befa estúpida de un inventor de máquinas de soldar carnes o hierros.

Todo eso reclama un volcánazo de las tablas antiguas; o, si se quiere, la presentación de obras nuevas, con el regalo y seguridad de una materia prima más flexible y más consistente; menos quebradiza y artera que la otra. De intentarlo nosotros, propondríamos un método inédito que podría explicarse, de modo sinóptico, así:

1º: Iniciación: observar, experimentar, medir, escoger;

2º: Proyecto: recogido el material de la iniciación, formar con él un plan de trabajo;

3º: Actualización: realizar el proyecto del segundo paso, en lo interior o en lo exterior.

Tres pasos, diferentes a los de Decroly, que dicen: *iniciación, representación y expresión*. No es posible observar sin asociar; ni asociar sin observar. Y en los dos casos quien observa y asocia, expresa. Nuestra teoría no comete estos erro-

res. Hay que tomarlo en cuenta, si deseamos rehacer, en la post-guerra, nuestra cultura. Si queremos hombres enteros, capaces de pulir el dorso de una estatua, sin la estupidez que produce el brandy contemporáneo. Porque estamos, a la hora de ahora, viendo los diablos azules por todas partes: llenos de libros y de odios, lo mismo que de capacidad científica y exterminadora. De gloria y de pedantería; de latines y griegos, al igual que de ineptitud para juzgar con benevolencia y efectiva sabiduría, al prójimo. Estamos a mil leguas de los banquetes helénicos, vomitando civilización: libros, máquinas y carne podrida.

*Moisés Vincenzi.*

### HAI-KAIS

*Palmera.*

Imenso plumero:  
transforma en racimos  
el polvo sideral de los luceros.

*Grito de garza.*

Carcajada nerviosa  
que prolongan  
los manglares en la costa.

*Araucaria.*

- 1) Torre viva que encierra  
la exuberante alegría  
de la tierra.
- 2) Filigrana tejida  
a los vientos,  
por el sol y por la vida.

*Leticia Rivera.*

Abril de 1943.

CAPITULOS XLIII Y XLIV DE LA NOVELA

EL VAMPIRO

Una noche el doctor Sáenz llegó tarde al salón.

—Acaba de morir —exclamó con voz trémula— la señorita Elsa Olivares.

A todos nos causó pena la noticia.

Yo recordé el gracioso perfil de aquella mujer pálida a quien viera tantas veces tras los cristales de sus balcones, cosiendo o mirando hacia la calle, como si esperara a alguien.

—Fué una de las jóvenes más bellas de La Antigua; pero su espíritu peregrino era aún más bello que su cuerpo. Como médico de su familia tuve ocasión de conocerla íntimamente. Ustedes saben su historia. Durante veinte años vistió siempre de negro y jamás se le vió traspasar el umbral de su casa. Murió enamorada de Horacio Vidaurre, como en aquellos días, ya tan lejanos, en que su novio regresó de Sur América...

—Doctor, cuente usted, se lo ruego, esa historia, que Luz y yo ignoramos—murmuré—. Oí decir, hace algún tiempo, que usted se casaba con esa dama, a quien hablé una sola vez, y que me pareció muy simpática.

—En verdad, hice cuanto pude por que me amara; pero todo fué inútil. Y cuando le ofrecí mi nombre, me rechazó suavemente, manifestándome que jamás se casaría.

—Relátenos la historia, doctor —dijo mi madre—. Mi marido fué condiscípulo de Horacio en sus primeros estudios. Y siempre escucho con interés todo cuanto a él se refiere.

—Oíd, pues, el episodio—exclamó Sáenz.

El regreso de Horacio Vidaurre fué celebrado espléndidamente. La madre, las hermanas y las primas transformaron en un palacio el viejo caserón conventual, desde cuya azotea de granito descubríase toda la ciudad. En la huerta florida volvió a sonar el murmullo de los surtidores; y los faroles azules y rojos, diseminados profusamente entre la verdura de los ramajes, dieron aspecto fantástico a las amplias avenidas de naranjos y de cipreses. Las habitaciones mostraban nuevos y claros tapices y suntuosas alfombras, y la alta sala, semejante a la nave de una iglesia, aparecía magnífica, con su decorado sobrio y elegante.

Después de siete años de activo trabajo en una casa exportadora de Buenos Aires, venía Horacio a pasar algunos meses con su familia. Era un guapo mozo moreno, de ojos de un negror profundo, rebotante de alegría y de salud. Su novia, Elsa Olivares, no pudo sofocar una exclamación de sorpresa al volverle a ver tan bello. Aún adolescente partió del hogar y los retratos que enviara no daban idea exacta del original. También él la encontró encantadora en la deliciosa plenitud de sus veinte años, con su rostro de un óvalo angélico, con su fragante cabellera negra y sus manos mórbidas y blancas.

En la reunión familiar de la primera noche Horacio relató su vida en la cosmópolis del Plata, y con la gracia móvil de su palabra dió pintorescos detalles, explicando después su diario trabajo y sus continuos ascensos. El jefe del gran establecimiento de exportación demostrábale su cariño y aprecio, y en su poder tenía considerables ahorros.

—¿Y mi amigo Pablo Carrera?—interrogó don Pedro.

Horacio palideció levemente. Pero, reponiéndose al instante

—Vive en Córdoba—dijo—. Posee allá una extensa fábrica de te-

jidós. Le vi apenas una vez, cuando fuí a aquella población a cobrar unas letras.

El viejo caballero guardó silencio. Causábale extrañeza no recibir carta alguna de su antiguo camarada, en los últimos seis meses, después de su mutua correspondencia de más de un cuarto de siglo. Y, sobre todo, que Horacio se expresara tan ligeramente de un hombre a quien su padre quería como a un hermano mayor.

Don Pedro Vidaurre —descendiente de un patricio castellano—era uno de esos extraordinarios varones de caballerosa hidalguía, para quienes el honor y el alto renombre están sobre todas las cosas humanas. Su noble aspecto de viejo prócer, su paso firme y su fino bigote gris retorcido a la antigua usanza, hacían recordar a los fuertes capitanes aventureros descritos en los metálicos romances árabes. Sus ojos brillaban aún como en la época de su remota juventud; y todo en él revelaba la aristocracia de su origen. Cifrando su orgullo en la estimación y respeto de las gentes, su historia, como la de sus antepasados, era una resplandeciente cadena de admirables acciones, y su fortuna tradicional y su blasón heráldico hallábanse limpios de toda mancha. La única debilidad de su férreo carácter era su ternura por Horacio, para quien soñara un éxodo heroico, y a quien educó dentro de las más rígidas reglas de la cultura y del deber. Exaltó en él el amor a la gloria, la audacia legendaria y todas las cosas generosas y brillantes. A los diez y ocho años el joven quiso crearse una posición por su propio esfuerzo, y él no se opuso a su viaje a la Argentina, aplaudiendo ese viril propósito, digno de los hombres de su raza.

Horacio fué el orgullo de la juventud antigüeña. Su figura simpática e imperativa, que evocaba el porte galán de César Borgia; la incomparable aristocracia de sus maneras y de sus trajes; su prodigalidad y valor proverbiales, diéronle, en poco tiempo, todo el prestigio de un personaje de leyenda.

Cuando pasaba por nuestras calles céntricas en un hermoso potro blanco, las muchachas más tímidas asomábanse a los balcones y secretamente envidiaban a Elsa Olivares; y al atravesar los desiertos suburbios abríanse las puertas, siguiéndole murmullos de admiración y rápidas palabras de homenaje.

En la capital fué objeto de entusiastas ovaciones; y en una tarde de fiesta en La Reforma, al pasar en un lujoso carruaje de cuatro caballos, sintióse suavemente acariciado por las miradas y sonrisas de las jóvenes de mayor belleza y elegancia.

Sólo Jorge Ruiz le odiaba mortalmente. En el colegio, en varias ocasiones, estalló su mutuo rencor. Horacio olvidó por completo a su enemigo de la infancia. Jorge, por el contrario, día por día le aborrecía con más intensidad. A aumentar este sentimiento vino la violenta pasión que Elsa le inspirara. Puso en juego su enorme fortuna y sus importantes relaciones sociales para obtener el amor de la joven, pero vanamente. Durante cinco años le hizo una corte asidua. Ella fué obstinadamente fiel a su novio; y a no haber mediado su fraternal amistad con las dos hermanas de Jorge, habría prohibido a éste que la visitara. Contentóse con no recibirle cuando se hallaba sola, obligándole a guardar silencio y a refrenar su pasión.

La fiesta —en aquel claro domingo de septiembre— fué magnífica, en la finca de los señores V\*. Después del paseo por los cafetales y del baño, se almorzó alegremente. Tres marimbas ejecutaron aires nacionales y el champagne coloreó el rostro de las bellas mujeres.

En la tarde hubo extraordinarios juegos entre los hombres. En el ancho patio, cubierto de cemento de colores, empezaron los ejercicios cor-

porales. Tras de algunas breves luchas, Jorge Ruiz fué aclamado campeón.

Una de las damas debía premiar al vencedor con un clavel de su corpiño, y ya Jorge dirigíase resueltamente a Elsa, cuando Horacio, sentado cerca de su novia, levantóse diciendo:

—Un momento, amigo Ruiz. Sentíame tan venturoso en este sitio, mientras ustedes ensayaban sus músculos, que me olvidé de tomar parte en el combate. Veo ahora cuál es el inestimable precio del triunfo, y estoy a sus órdenes dispuesto a disputárselo.

Y bajó al patio entre un gran rumor de aplausos.

Jorge, en tanto, sonreía irónicamente. De mucho más volumen que su rival, su brazo hercúleo era capaz de derribar a un toro. Seguro de sí mismo, preparóse a gozar de su fácil victoria, humillando a su enemigo.

Las mujeres reían y comentaban el caso. Como en los hipódromos y en los circos, empezaron las apuestas. Casi todas se inclinaban a favor de Jorge. Apenas hubo dos voces contrarias.

—¡Cien pesos por Ruiz!—gritó uno.

—¡Quinientos por Jorge!

—¡Pago a todos!—exclamó Horacio, con voz vibrante, que dominó a las demás—. ¿No hay otro que apueste contra mí?

Y apareció, ágil y elegante, tras de un ligero bosquejo, con los pantalones apretados a los muslos y entreabierta la fina camisa de seda violeta; quedándose, en medio del círculo de amigos, inmóvil e indiferente, esperando a su contrario.

Este avanzó, con los ojos encendidos. Saludáronse, y, en un profundo silencio, empezó el asalto.

Enlazáronse ambos jóvenes con salvaje ímpetu, luchando desesperadamente durante dos minutos. Desuniéronse un segundo para volverse a atacar con mayor violencia. Horacio vaciló y estuvo a punto de caer tras una brusca acometida; pero, reponiéndose instantáneamente, levantó —con un tremendo esfuerzo que pasmó de asombró a los espectadores— a su rival, un metro del suelo, derribándolo de bruces sobre el pavimento.

Un ¡hurra! formidable resonó por todos lados.

Después de ayudar a Jorge a levantarse, miró sonriendo a su novia, que también lo miraba sonriendo, pálida como una muerta.

Volvieron a la ciudad al anochecer. En la Alameda de Santa Lucía una infeliz muchacha, conduciendo a su padre ciego, les salió al paso.

Doña Julia de N\* exclamó, alargando un extremo de su negro manto:

—Caballeros, una limosna para estos pobres.

Empezaron a caer las monedas en el lienzo. Ruiz entregó un billete de cien pesos. Y fijamente quedóse mirando a Elsa.

Horacio volvió a sonreír a su prometida, y quitándose de la corbata el grueso diamante negro que la exornaba, lo depositó, con sencillo ademán, en la mano de la recaudadora, añadiendo:

—Cedo, además, a esos pobres los mil seiscientos pesos que gané en las apuestas.

Tal era aquel hermoso y extraño joven.

Poco antes de las tres de la mañana del día siguiente, Horacio sintió ruido de pasos en el corredor.

—¿Quién va?—preguntó.

—Yo. Abreme.

Saltó de la cama reconociendo la voz de su padre. Después de encender una lámpara, vistióse ligeramente, abriendo en seguida la puerta.

Don Pedro Vidaurre, envuelto en un pesado capotón oscuro, entró lentamente, con un papel en la mano. Parecía que en las últimas horas habían caído veinte años sobre él: tal mirábase de lívido y demacrado su noble rostro severo.

Tembló un poco al decir:

—El correo de la tarde me trajo esta carta de Pablo.

Y tendió el papel a su hijo.

Este leyó estremeciéndose:

“Querido amigo:

Sé que estas líneas te causarán una terrible angustia; pero me es imposible ocultarte por más tiempo mi dolor. Horacio llegó hace un año a esta tu casa de Córdoba y fué recibido en ella con el mayor cariño y confianza, como si de mi propio hijo se tratara. Vivió tres meses aquí; y se fué, después de mancillar mis canas, llevándose, en pago de mi paternal hospitalidad, el honor de mi pequeña Laura, que aun no había cumplido catorce años. Ella ha muerto. Yo también voy a morir: y al enviarte en estos renglones mi último recuerdo, te ruego, hermano, que perdones el mal que te causo. En mi lugar quizá hubieras callado. Yo no puedo.”

Horacio no prosiguió leyendo. Pasóse la mano trémula por la frente húmeda de frío sudor, y se recostó contra la cama como si fuera a caer.

—Aunque Pablo Carrera es incapaz de calumniar a nadie, juzgo de mi deber preguntarte si es cierto lo que me dice.

—Sí, padre, es cierto.

Los dos hombres se miraron intensamente durante algunos segundos y sus almas temblaron.

Rígido, sepulcral, como un difunto que se moviera en un pavoroso silencio, sin una palabra, salió el viejo de la estancia.

Horacio cerró la puerta y acabó de vestirse. En el cuarto contiguo sentóse frente a su escritorio, en el que brillaba un gran ramo de rosas magníficas que Elsa le enviara. Cortó la más encendida y la puso en su ojal con un menudo alfiler de rubíes.

Sonaron las cuatro en una torre vecina. Cantó un gallo a lo lejos. El joven abrió el balcón y una ráfaga glacial le azotó el rostro.

La Antigua dormía en la sombra y el misterio. Sólo se escuchaba en sus calles el gemido del viento o el aullar de algún perro vagabundo.

Con la frente sobre los fríos barrotes permaneció Horacio, abstraído en amargas meditaciones. Volvió a sentarse, y encendió un cigarrillo, sumiéndose en la lectura de los poemas de Musset. Cerró el libro en la página final de *Rolla*.

Después, como obedeciendo a un mandato súbito, cogió su sombrero, y sin hacer el más tenue ruido, salió de su cuarto y avanzó por los corredores.

Atravesó el oscuro pasillo del zaguán, y luego traspasó, por última vez, el umbral de su casa.

Hace más de veinte años que desapareció y nadie ha podido, en ese tiempo, dar razón de él. Su madre agotó inútilmente todos los medios imaginables para saber su paradero. De la Casa en que trabajó en Buenos Aires remitieron a don Pedro fuertes cantidades en metálico que Horacio depositara.

¿Duerme, desde hace cuatro lustros, en la tiniebla de la Muerte?  
¿En dónde reposa? ¿Vivirá aún? ¿Regresará algún día? ¡Nadie lo sabe!

Froylán Turcios.

### EL ESTABLO

Es en Belén la noche tan calmada y tan pura  
que se oyen los corderos trotando en la llanura

Parecen, bajo el oro del estrellado cielo,  
más pequeños los árboles, que cubre el blanco hielo.

Rebaños y pastores, que también visten lana,  
aborregan de nieve la extendida sabana;

Se abaten los embozos, y los brazos desnudos  
se tienden y los rostros, morenos, fuertes, rudos

hacia el humilde establo, término de la marcha,  
al establo que cubren las yerbas y la escarcea;

allí, en un cojincillo de gloriosos destellos,  
entre el asno benigno y el buey de ojos tan bellos,

entre el patriarca anciano, de barba alabastrina,  
y la virgen esbelta y frágil, que se inclina

bajo racimos rientes y enjambres torneados  
de querubes que tuercen listones desatados,

el pequeñín divino, a quien el Mundo adora,  
alza los pies graciosos, róseos como la autora.

Víctor Kinon.

#### **BANCO DE HONDURAS**

**Tegucigalpa, Honduras, C. A.**

Fundado el 1º de octubre de 1889.

Casa principal: **TEGUCIGALPA.**

Sucursal: **SAN PEDRO SULA.**

Capital autorizado **L 1.000.000.00.**

Capital pagado y reservas **L 1.300.000.00.**

Hace toda clase de operaciones bancarias, traslada  
a las principales plazas de Honduras y del exterior;  
abre cuentas corrientes con garantía satisfactoria;  
acepta depósitos a la vista y a plazos; custodia  
valores y documentos públicos y se encarga de  
cobros por cuenta ajena.

**Cuentas de ahorro al 4% anual.**

—Es la fuerza de la familia la que ha creado  
la fuerza y la grandeza de la patria.—*Michelet.*

#### **EL COSTO DE LAS GUERRAS**

La guerra se hace con sangre,  
lágrimas y dinero.—*Wellington.*

No hace mucho nos permitimos solicitar  
audiencia de la ya anciana, aunque respetabilísima  
señora doña Estadística, quien nos recibió en su  
despacho oficial, cuyo mobiliario

modernísimo concordaba muy poco con los  
viejos legajos que guardaba un enorme armario  
de acero.

Como quiera que es una señora de carácter  
jovial, no obstante sus muchos años y amiga  
de contar con los labios cuanto cuenta con  
los dedos y hasta con las teclas de su mara-  
villosa máquina de sumar, no nos costó mucho  
trabajo averiguar de su misma boca el número  
de millones de dólares y de millones de  
hombres que han consumido las guerras encen-  
didas por la obcecación del hombre desde  
fines del antepasado siglo.

La pulquérrima señora se montó los lentes  
en la aguijeña nariz, y abriendo el armario  
que parecía el panteón de la Historia, con un  
estante con tumba para cada siglo, sacó un  
legajo atado con balduque tricolor, blanco,  
azul y rojo, y desatándolo, nos dijo:

—Aquí está en números redondos lo que  
costaron en hombres y dinero las guerras na-  
poleónicas que desde 1796 a 1815, casi vein-  
te años, tuvieron en bélica danza a Europa  
entera. Entonces no había allí neutrales. To-  
das las naciones eran beligerantes. Los geó-  
grafos se vieron en más de un aprieto para  
trazar el mapa de Europa, porque a cada rato  
lo andaba variando el moderno César con la  
punta de su espada. En diecinueve años que-  
daron muertos o heridos en los campos de  
batalla o bien cayeron prisioneros seis millo-  
nes de hombres a costa de 75.000 millones  
de francos oro, (15.000 millones de dólares),  
es decir, a razón de tres millones y pico de  
hombres y cerca de cuatro mil millones de  
francos por año, para franquearlos con desti-  
no al otro mundo por el correo de la muerte.  
¿Y todo para qué? Para nada de provecho,  
porque al fin de cuentas hubieran los geógra-  
fos de exhumar los mapas que habían ya ar-  
chivado por inútiles, y los congresistas de  
Viena exclamaban: ¡Aquí no ha pasado nada!  
Verdad es que la afirmación parecía agudo  
tanto gratuita, porque al menos habían pasado  
a mejor vida unos cuantos millones de hom-  
bres. Pero no sólo Europa tuvo en aquel  
periodo su contradanza de ejércitos con ca-  
ñonazos por trombón, sino que también se  
tiñeron de sangre los ríos de América. Y pres-  
cindiendo de otras, por cierto bien porfiadas,  
como las guerras sudamericanas por la inde-  
pendencia, aquí está el legajo de la guerra  
de la Gran Bretaña y los Estados Unidos que  
consumió cincuenta mil vidas y treinta y seis

millones de libras esterlinas. Suerte fué que Inglaterra vió la cosa perdida y no quiso darme trabajo inútil en contar más muertos ni más libras esterlinas tiradas al mar.

—Años después—prosiguió la valetudinaria matrona, tomando del armario otro legajo atado con balduque blanco y negro—sobrevino la guerra entre Francia y Prusia, la guerra fulminante e intensiva, que en sólo ocho meses mató 225.000 hombres y costó quince mil millones de francos oro (tres mil millones de dólares), dejando aparte la indemnización famosa de los cinco mil millones de francos.

Otra fué la heroica Guerra de los Diez Años en Cuba, entre cubanos libertadores y España (1868-1878), guerra que costó a Cuba y España doscientas mil vidas y setecientos millones de pesos.

—Y la otra guerra, la de 1895 en Cuba, ¿cuánto costó?

—Pues el triple de la del 68, y eso que sólo duró tres años.

No tan sangrienta ni costosa, aunque lo bastante para que España perdiera las últimas posesiones de aquel imperio colonial en donde no se ponía el sol, fué la guerra de España con los Estados Unidos. En ella se perdieron 6.000 hombres y les costó a los norteamericanos doscientos cincuenta millones de dólares.

Otra guerra de las que la Historia señala con puntos rojos por lo obstinada, fué la de los boers, 1899 a 1902. Entre unos y otros quedaron en los campos de batalla y en las plazas sitiadas 125.000 hombres y le costó a la Gran Bretaña 250 millones de libras esterlinas.

En la guerra ruso-japonesa, donde se batió el cobre de lo lindo, pues aun nos acordamos del trigésimosexto bombardeo de Puerto Arturo, las pérdidas fueron mucho mayores a causa, sin duda, de que los japoneses en la guerra menosprecian la vida, y antes se dejan matar que retroceder ante el enemigo. También fué una guerra corta y fulminante, como la franco-prusiana, y aunque la mayoría de los espectadores se figuraban que el oso moscovita iba a derribar de un zarpazo al mono japonés, se llevaron chasco, porque tuvo éste más agilidad y osadía.

Lo cierto es que aquella guerra le costó a los dos imperios más de medio millón de hombres y dos mil millones de rublos.

¿A qué guerra pertenece ese enorme legajo atado con balduques multicolores?

—Ese es el de la Primera Guerra Mundial, (1914-1918) que según estudio detallado que hizo el profesor R. A. Seligman, de la Universidad de Columbia, costó a la humanidad 231.953 millones de dólares, repartidos en la siguiente forma:

Potencias aliadas

	Mill. de \$
Imperio Británico.. . . . .	46.080
Francia.. . . . .	32.617
Estados Unidos.. . . . .	32.261
Rusia.. . . . .	26.522
Italia.. . . . .	15.636
Bélgica.. . . . .	1.387
Rumania.. . . . .	907
Servia.. . . . .	635
<b>Total.. . . . .</b>	<b>156.045</b>

Potencias de la Europa Central

	Mill. de \$
Alemania.. . . . .	48.616
Austria-Hungría.. . . . .	24.858
Turquía.. . . . .	1.802
Bulgaria.. . . . .	732
<b>Total.. . . . .</b>	<b>76.008</b>

—¿Y en cuánto a las pérdidas humanas?

—Un cálculo aproximado permite elevar a unos 13.000.000 los seres humanos que desaparecieron del mundo por la acción de aquel conflicto.

Pero éstos no son más que los cómputos oficiales; las cifras consignadas por las respectivas intendencias de los ejércitos beligerantes. Hay otras estadísticas ocultas e imposibles de expresar en cifras, que encubren los ojos del historiador: las penas, miserias, dolores y penurias subyacentes en los fríos datos oficiales. El hambre y el sufrimiento no se sujetan a los cómputos numéricos. Los hogares destruidos y las ciudades arrasadas no admiten expresión algebraica. El dolor de las madres, el llanto de las viudas, el clamor de los huérfanos, es demasiado grande y profundo para aprisionarlo en la estrecha cuadrícula del encasillado.

—¿Me puede usted decir el costo de la guerra actual?

—Aún está lejos el fin. Se están reuniendo datos. Sólo le diré que la otra, la de 1914, es casi un juego de niños en comparación a esta Segunda Guerra Mundial en cuanto a lo que

cuesta monetariamente. La tarea de financiarla es enorme. A la Gran Bretaña, la nación que lleva la voz cantante contra Adolfo Hitler y sus huestes, le cuesta 50 millones de dólares diarios, además de una cantidad interminable de extras.

Conde del Rivero.

Orbe.

**LIBROS DE FROYLAN TURCIOS**

editados en París

*Cuentos del Amor y de la Muerte* ₡ 4.00

*El Vampiro* (novela) . . . . . 3.00

*Páginas del Ayer* — . . . . . 3.00

*Flores de Almendro* (poesías) 3.00

En la **LIBRERIA ARIEL**

60 varas al sur de la capilla del Seminario.

**A UN OLMO SECO**

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo  
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cuál los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en mefema de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,  
ardas de alguna misera caseta,  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hasta la mar te empuje  
por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.

Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

Antonio Machado.

**REPERCUSION**

Triste y sereno está Jesús ante la pavorosa crueldad de sus verdugos; su noble faz tranquila y majestuosa, maculada de sangre, de polvo, sudorosa, conmoviera a las piedras. Sellada está su boca, sin una explicación, sin una queja, por encima de injuria y maldición; sus ojos fatigados, profundamente tristes, apagados, aun tienden la mirada sobre la turba hostil que lo rodea. Allí todo es violencia, locura de odio y furia contra el más manso y dulce soñador, que ojos humanos vieron y de pronto, con gesto de brutal agresión, el soldado inmediato despeda. za su túnica morada empapada de sangre y de sudor. Como lobos hambrientos al olor de la carne, la chusma y los soldados se disputan las santas vestiduras de Jesús y vuelan los jirones de su túnica morada, palomas asustadas y perdidas en la violenta ráfaga que sobre aquella escena de martirio pasa, como anunciando maldición, sobre ese pueblo vil, y muy lejos, muy lejos, por encima de mares y desiertos volaron las hilachas de la morada túnica bendita; llegaron a los bosques de ignotas soledades y en las musgosas ramas de aquellos arboles se prendieron por fin y allí tomaron nido que resurge cada año cuando se conmemora la Pasión del Señor.

Una de las leyendas de la guaria morada explica así el milagro de esa divina floración con su orla de misterio y su inquietante luz del más allá.

Dolores.

Costa Rica.  
abril de 1943.

Para ARIEL

**PUEBLO ¿POR QUE TE HAS  
ABANDONADO?**

En tu mayor dolor, en la hora más sombría,  
las fuerzas te faltaron. Te has convertido estéril,  
estirpe de Jacob. Tu angustia no ha parido  
a un profeta rebelde de osadía divina.

¿Dónde el pastor humilde que el dulce caramillo  
en trueno y luz trocara? ¿Boyero que llegara  
a tribuno del pueblo? Un profeta, hombre-mundo  
que te eleve. Israel, con castigo y consuelo.

Enfermo estoy al ver tu vida que es un yermo:  
enmudeció tu labio, palideció tu sangre.  
Te has arrodillado ante pequeños dioses.  
pobres tus ambiciones, en tu dolor no cuadran.

Del enemigo el hacha no extraña. Es del débil  
la suerte. Pero tú, pueblo en la cruz clavado,  
mueres como un becerro sin elevar a Dios,  
ni al hombre. ¿Dónde están, pobre grey, tus profetas?

León Gruszko.

## FROYLAN TURCIOS AGRADECE EL ENVIO DE LOS SIGUIENTES LIBROS

*Juan Ramón Molina.* (Al gran Señor de las Letras, Poeta Froylán Turcios, con el viejo afecto intelectual de—*Marcos Carias Reyes.*—Febrero de 1943). Consta este ensayo de 38 páginas admirables por su claridad y sencillez, por sus oportunas evocaciones y por la serena eufonía de sus períodos. En cada nueva obra de Carias Reyes se nota el avance de su estilo por ese cauce de armoniosa y grata simplicidad en que fueron sumos maestros Stefan George y Peter Altenberg. El mejor elogio que podemos hacer de este libro es decir que Juan Ramón lo habría leído con profundo placer, pues en él aparece su personalidad en todo su magnífico esplendor. Biografías de este género, comprensivas y emocionantes, llenas de optimismo, de calor y de verdad, son las que nos dan perfecta idea de los grandes desaparecidos, presentándolos en sus múltiples aspectos, moviéndose ante nuestra emoción como en plena vida.

*Sonaja.* (Para el gran poeta hondureño Froylán Turcios, con admiración y simpatía.—*Margarita de Paz Paredes.*—Tela, julio de 1942). Aunque con fecha muy retrasada, hasta hace dos semanas recibimos este volumen de poesías, impreso en México e ilustrado por G. F. Wright, con un marmóreo *Pórtico* de Marcos Carias Reyes. De periódicos hondureños habíamos ya reproducido en *Ariel* algunas de las mejores páginas de este libro, que nos sorprendieron gratamente. Una poetisa auténtica, un ser vibrante,

nacido para sentir todas las emociones con su mayor intensidad, surgía de las estrofas apasionadas. ¡Qué íntima satisfacción sentimos al descubrir esta clase de almas femeninas saturadas de recóndita gracia! Y esa alegría espiritual se ahonda cuando se trata de una compatriota. Es como si en nuestro jardín familiar brotara, en una límpida mañana, una fragante flor misteriosa encendida por el fuego de la primavera. Continúe Margarita expresando en eufónicos ritmos las estelares vibraciones e inquietudes de su luminoso espíritu, las arcañas nostalgias de su pensamiento y la azul ilusión de su brillante juventud.

*En la Corte del Virrey.* (A Froylán Turcios. Homenaje de su devotísimo—*Arturo Capdevila.* Buenos Aires, noviembre de 1942). Como todos los libros de Capdevila, cuando se comienza la lectura de este volumen no se deja un momento de las manos. Lo forman *estampas de evocación* de una fuerza y encanto extraordinarios. Después del párrafo final, a través de las distancias damos gracias a su autor por las horas placenteras en que nos deleitó con esta nueva obra suya que, como las anteriores, enriquecerá nuestra selecta biblioteca.

*Interiores.* (A mi querido Froylán Turcios, con admiración y cariño.—*José Rodríguez Cerna.*—Septiembre de 1942).

*Bajo las alas del águila.* (Devoto homenaje a Froylán Turcios. De su amigo—*José Rodríguez Cerna.* Septiembre de 1942).—Ya nos referimos a estos dos preciosos libros en una edición reciente de *Ariel*, cuando fuimos obsequiados con ellos por el señor Ministro de Guatemala en este país. Últimamente, en los tres números últimos de esta revista, nuestro ilustre compañero y muy querido amigo, Moisés Vincenzi, ha dicho grandes palabras merecidas en honor del máximo cronista de las actuales letras hispanas, que nosotros ratificamos ampliamente.

*Folklore colombiano.* (Al insigne poeta y escritor Froylán Turcios, gloria de nuestra América latina.—*Emirto de Lima.*—Barranquilla, diciembre de 1942). En su género es éste un libro interesantísimo, que da una perfecta idea de la poderosa acción artística de su autor. En efecto, Emirto de Lima es una espíritu abierto a todas las emociones de la Belleza, un hombre de pensamiento, ávido de captar todas las cosas nobles y grandes. Creador de ritmos y de melodías, generoso y optimista, su vida fecunda es un raro ejemplo de lo que pueden, con eterna potencia, la aptitud y la vocación al servicio de una enér-

**Pida  
Bavaria- Gold...**



**y le darán cerveza ..**

**Cervecería Ortega-San José, Costa Rica**

gica voluntad. Emirto de Lima representa, con verdadera eficiencia, a nuestra patria en Bartranquilla.

*Triángulos.* (Fraternalmente al poeta Froylán Turcios.—Julio G. de Alari.—Talahuano, 375. Danfield, F. C. S., Argentina).—Alari está publicando sus obras en cuadernos de los cuales, con el actual, *Triángulos*, han aparecido ya siete; y pronto editará cuatro más.—Editorial Cronos, Buenos Aires, República Argentina, 1942.

*Ya se oyen los claros clarines.* (Para Froylán Turcios, animador insuperable de *Ariel*, poeta consagrado y excelente amigo del—Autor. San José, febrero de 1943). Transcribense en la primera página de este hermoso libro, que luce en la carátula una simbólica imagen de la Victoria, dos de las estrofas de la metálica *Marcha Triunfal* de Rubén Darío y a continuación aparece el Índice que consta de 20 números relativos a personajes y sucesos de la Segunda Guerra Mundial. Aclara la Librería Lefmann, por medio del Dr. K. M. Brünker, que la editorial de dicho nombre y el autor convinieron en dejar a beneficio de la caja de la Cruz Roja de la Guerra todo lo que produzca la venta de la obra.—El *Prólogo* de Julio Acosta es una magnífica exposición democrática, escrita con calor humano y fervor patriótico.—Y el libro, formado con artículos que aparecieron en nuestra prensa local, es un vehemente aporte a la gran Causa del Derecho y la Justicia que estremece en la actualidad a millones de cerebros y de espíritus. Ya hemos dicho cuánto valen la noble ideología y la clásica prosa de Alvarado, uno de los más altos exponentes de las letras costarricenses. Por esta nueva producción de su excelente pluma le enviamos nuestro mejor aplauso.

*Brotos hondos.* (Para nuestro gran poeta, orgullo de la intelectualidad americana, Froylán Turcios, 1943).—Con verdadero placer leímos los Turcios.—Claudio Barrera.—Tegucigalpa, Honduras, veinticinco poemas que forman este libro. Ellos conmueven y hacen pensar. Bien hizo la Secretaría Privada de la Presidencia de Honduras en editarlo en forma tan sencilla y elegante y Enrique Galindo en ilustrar tan bellamente la por-

tada. Estos *Brotos* tienen raíces muy hondas y auguran los más altos y definitivos triunfos. Claudio Barrera es un poeta en toda la extensión eterna que nosotros damos a esta milagrosa palabra. El nos dará, en próximo futuro, pruebas absolutas de su gran potencia creadora, en que se aunarán las hondas y esenciales ideas con sus mágicas formas de expresión. Tenemos la perfecta certidumbre de que el nombre de Claudio Barrera figurará en la nómina gloriosa de los mejores poetas hondureños.

*Inglaterra y sus pactos sobre Belice*, por José Luis Mendoza.—Libro de gran tamaño, lujosamente impreso, de 285 páginas en 4°. Envío de la Secretaría de Relaciones Exteriores de Guatemala.

*Luisa Xicotencatl, Princesa de Tlaxcala.* (Para Froylán Turcios, dilecto amigo de mi madre. Aprecio y simpatía de—María Natalia de Lara.—Guatemala, marzo de 1943). Con intensa y doble emoción hemos leído este precioso folleto: por su interesantísimo contenido histórico y por ser su autora la eminente educacionista Natalia Gorriz v. de Morales, uno de los espíritus más altos que ha producido Centro América y una de las amigas cuya muerte más hondamente nos ha impresionado. En nuestras *Memorias* le dedicamos una página de cariñosa sinceridad, y en su viaje a San José, en 1938, pudimos conocer todo lo que valía en los diversos aspectos de su fecunda y admirable existencia. Fué su último esfuerzo mental este ensayo feliz sobre la figura femenina más valiosa y atrayente en los anales de la Conquista de México; y en él resumió toda su singular aptitud de narradora amena y sugestiva, que maneja su idioma con exquisita gracia y reviste sus ideas y sentimientos con el ropaje de un estilo en que se reúnen armoniosamente la claridad y la sencillez.

## MYOSOTIS

A Chalía.

Si es verdad que la postrera  
visión, como en un espejo  
se graba indeleblemente  
en los ojos de los muertos,  
ven a asomarte a los míos  
cuando yo me esté muriendo:  
quiero llevarme tu imagen  
ya que llevarte no puedo.

Jerónimo J. Reina.  
(Hondureño).

Emitiremos un breve juicio sobre los libros que nos remitan sus autores o las casas editoriales.

## DIEZ COSAS PARA PROGRESAR MENTALMENTE

- Piense cuerdamente.
- Escuche a quien más sabe.
- Aprenda a poner atención a lo que otros dicen.
- Lea los mejores libros y periódicos.
- Cultive su memoria.
- Aprenda a concentrarse.
- No se preocupe innecesariamente.
- Sea sistemático.
- Mire siempre pros y contras.
- Evite la sociedad de los ignorantes.

## EL GATO

(Traducción de Myriam Turcios).

El gato es un animal infiel que sólo debe retenerse por necesidad, ya que este carnicero, sobre todo cuando está joven, carece de instinto cordial y, al mismo tiempo, posee una malicia ingénita, un carácter falso, un natural perverso que aumenta con la edad y que la educación no hace más que ocultar. Ladrón profesional cuando se le enseña; suave y silencioso como los rateros, tiene las mismas mañas, el mismo gusto para el mal, el mismo agrado para las pequeñas rapiñas; como ellos sabe disimular su marcha, ocultar sus deseos, espiar las ocasiones, esperar, buscar, coger el instante de hacer sus fechorías, huir inmediatamente después del robo, huir y esconderse, permaneciendo inmóvil hasta que alguien le llame.

Jorge Luis Buffon.

Oyendo hablar a un hombre, fácil es acertar donde vió la luz del sol; si os alaba a Inglaterra, será inglés, si os habla mal de Prusia, es un francés, y si habla mal de España, es español."

## LEJANAS VOCES AMIGAS

—Sus apreciables letras del 20 de enero último me han dado la satisfacción de saber de usted y la especial euforia de contemplar los caracteres de su escritura que significan mucho para quien como yo lo aprecia tanto a usted y vive deseándole salud y larga vida para gloria y orgullo de la América Hispana y complacencia de sus amigos y admiradores. Los rasgos de su escritura me hacen parodiar la antigua frase latina,

pero más expresivamente: mente robusta en cuerpo fuerte.—Vincencio Pérez Soto. (Carta de Caracas, del 24 de febrero de 1943).

—Admirado y fino poeta: —Esta carta es un viejo propósito. Tiempo hace que la lectura de *Ariel* y de su bella producción literaria me habían impulsado a escribirle; pero por uno u otro motivo, el propósito no llegaba a realizarse. Permítame, aunque sea tardíamente, darle las gracias por la benevolencia con que usted ha acogido algunos de mis versos que he visto reproducidos en *Ariel*.—Margarita de Paz Paredes. (Carta de Tela, Honduras, del 14 de marzo de 1943).

COMPRADOR DE LIBROS: antes de obtener una obra cerciórese bien de que está completa. No exhiba su ignorancia y candidez comprando—atraído por los precios irrisorios—volúmenes que sólo contienen, editados en pésimo papel, la mitad, cuando no una tercera parte de su texto original.

## EL ESPIRITU DE LA MADRE

Por entre los sauzales, en los bosquecillos de bambúes, bajo el amplio cielo claro se expande el espíritu de la madre.

Borda bajo la luz de las diez mil lámparas celestes; canta en la profundidad de la noche encantada su canción a todos los niños del mundo; acaricia con sus manos plenas los rizos infantiles y es su regazo el nido más tibio, más dulce, más acogedor para los pajarillos humanos. De sus ojos, fuentes de claridad, brota el amor prodigamente con el ansia jamás agotada de dar...

En el corazón del niño tiene su santuario el espíritu de la madre. Y el altar erigido en la infancia permanece en el rincón predilecto del corazón del hombre, porque nunca muere del todo el corazón del niño.

En el viento va la plegaria de la madre; en el mar se unen las lágrimas hechas perlas derramadas por sus hijos. El espíritu de la madre es eterno como el mismo Dios porque fué formado por su propio aliento.

Por entre los sauzales, entre los bambúes y las rosas, bajo la luz de las diez mil lámparas encantadas ronda tu figura plena y grande como una inmortal canción, oh espíritu de la madre!, síntesis de todas las madres del ancho mundo...

Hilda Chen Apuy.

Abril de 1943.

### APOLOGO

Una mujer había caído en letargo y su hijo llamó médicos.

Uno de los médicos dijo que la trataran conforme al método de Brown; pero los otros contestaron:—*Ese método es malo; antes que tratarla según Brown, vale más que se quede alestargada y muera.*

Entonces el hijo de la mujer dijo:—*Tratadla de uno o de otro modo, con tal de que la curéis; pero los médicos no quisieron ponerse de acuerdo. No querían ceder nada el uno al otro. Viendo lo cual el hijo, lleno de dolor y desesperación, exclamó:—¡Oh madre mía! Y la madre, a la voz de su hijo, despertó y fué curada.*

*Michiewicz.*

---

—Es hacer al país un servicio importantísimo estudiar los vicios más frecuentes en el hablar común e indicar el correctivo.—*Domingo Faustino Sarmiento.*

---

### EPITAFIOS

*Epitafio de Ortón.*—El siracusano Ortón te advierte esto ¡oh extranjero! Estando ebrio no viajes nunca durante una noche tempestuosa. Por haberlo hecho reposo en una tierra extraña, y no en mi patria, de innumerables habitantes.

*Epitafio de Eustenes.*—Tumba de Eustenes, el hábil fisiognomista, que leía el pensamiento en los ojos. Era extranjero y sus amigos le han sepultado en un país para él desconocido; pero era cantor de himnos también y le amaban mucho. A su muerte todo se ha efectuado decorosamente. Aunque pobre tenía verdaderos amigos.

*Epitafio de Eurimedón.*—Has dejado un hijo niño, y, muerto en tu juventud, se te ha erigido este sepulcro. Ahora tu puesto está entre los hombres divinos, y tus conciudadanos honrarán a tu hijo, sabiendo que ha nacido de un hombre superior.

*Epitafio de Peristeris.*—Entre todas las niñas de su edad, y muy pequeña esta criatura se ha ido hacia Edes, llorando, la pobrecita, a un hermano de sólo veinte meses de nacido, muerto en la cuna. ¡Ay, Peristeris, qué deplorable ha sido tu destino! ¡Y cuán grandes tristezas han puesto los Dioses junto a los hombres!

*Teócrito.\**

---

(\*) Teócrito, poeta bucólico griego hijo de Protagoras, nació 300 años antes de Cristo.

### DOS TERRIBLES DUELISTAS

Uno de los más terribles duelistas de la época de Carlos IV, Lagarde de Valen, recibió de otro espadachín famoso llamado Bazanez, su sombrero, con la amenaza de ir a quitárselo con la vida. Lagarde se puso aquel sombrero y buscó en el acto a Bazanez, que también le buscaba. Se encontraron al fin, o, mejor dicho, los pusieron frente a frente, porque ellos no podían reconocerse a causa de no haberse visto nunca. Inmediatamente empuñaron los aceros. Lagarde fué el primero en tocar, en la frente, a Bazanez; pero el hueso frontal de éste era tan duro que rechazó el acero. La segunda estocada que recibió fué en plena carne.

—Esta por el sombrero—dijo Lagarde.

—Esta por la pluma—añadió tocándole de nuevo.

—Y ésta por la cinta—volvió a decir a manera de conclusión.

Bazanez perdía mucha sangre, pero no estaba abatido. Hasta tuvo bastante fuerza para lanzarse sobre su adversario y derribarle. Una vez en el suelo, Bazanez le hundió el puñal entre el cuello y el hombro y lo pasó diagonalmente a través del cuerpo. Lagarde había recibido catorce puñaladas desde la garganta hasta la cintura. Y, a cada golpe, gritaba Bazanez:

—¡Pide la vida!

—¡Jamás!—replicaba Lagarde.

Y así, acribillado, arrancó con los dientes la mitad de la barbilla de Bazanez y con el puño de la espada le hundió la nuca.

...Pero Lagarde y Bazanez curaron de sus espantosas heridas. Bazanez murió algunos años después en una emboscada. En cuanto al otro energúmeno se retiró a Ronergue y se convirtió en el terror del país. Dirigía a las personas que odiaba y a quienes perseguía, billetes de esta clase:

*Tu casa hecha cenizas, tu mujer violada, tus hijos ahorcados.—Tu mortal enemigo, Lagarde.*

*Emilio Colombey.*

---

### EL CARACTER

—El carácter, signo inherente del individuo, es manera relativamente única y permanente de sentir, pensar y querer.—*Fouillé.*

—Es el aspecto inherente a su espíritu (el del hombre), la forma particular de su actividad mental.—*Paulhan.*

—El carácter es la totalidad, o, mejor di-

cho, el sistema particular constituido por la agrupación (de acuerdo con ciertas relaciones especiales) de diversas disposiciones psíquicas que se hallan en una persona determinada.—*Malapert.*

A precios más bajos que los de cualquiera otra librería encontrará las obras que desee en la **LIBRERIA ARIEL.**

Dirección: 60 varas al sur de la Capilla del Seminario, frente a la residencia del padre Kern.

### EVOCACION DE CRISTINA DE SUECIA

La Reina Cristina de Suecia, en lugar de ponerse un gorro de noche para dormir, se envolvía la cabeza en una servilleta. Una noche, estando en Roma, no podía dormir la soberana e hizo venir a unos músicos para que la distrajeran en su insomnio. Ella había hecho bajar las cortinas para que los músicos no pudieran verla; pero encantada con una pieza que ellos ejecutaron, sacó bruscamente la cabeza entre las cortinas, gritando:

—¡Por el diablo, que cantan bien!

Ante esta súbita aparición grotesca, los músicos *castrati*, espantados, huyeron a todo correr.

### MISCELANEA INTERESANTE

—El Emperador Francisco José de Austria declaró la guerra a Servia a los noventa años y el famoso *Tigre*, Clemenceau, presidió la Conferencia de Paz de Versalles a los setenta y siete, ejemplos que desmienten lo dicho por el Secretario de Cavour, Conde Nigra, quien sostenía que sólo después de los setenta años un diplomático dejaba de hacer tonterías.

—Un diario criticó a Briand, haciéndole el reproche de cómo él podía crear en la paz y propiciarla, ya que a nada de práctico se había llegado con tantos esfuerzos y conferencias.

Enterado del suelto periodístico, al señor Briand se le ocurrió hacer la siguiente reflexión:

“Con la paz ocurre lo que con Dios: nadie lo ha visto y, sin embargo, todo el mundo cree en él y espera sus beneficios y milagros.”

*Amicus Plato, magis amicus veritas.* (Sov amigo de Platón; pero más amigo de la verdad).

Este proverbio quiere decir: “No basta con

que una máxima sea recomendada por la autoridad de un nombre respetable, como el de Platón. Se requiere también que esté de acuerdo con la verdad.”

—Entre los más grandes Ministros de Relaciones Exteriores que tuvo Francia antes de constituirse en República, en 1871, figuran doce, que como apóstoles dirigieron la diplomacia europea. Diez eran cardenales: D'Ossat, Duprat, Liéme, Du Perrón, Richelieu, Mazarino, Bernis, Dubois, Fleury y Polignac; uno obispo; Talleyrand y otro duque: Choiseul.

### SUEÑO

No dejéis de dormir bien para que podáis pensar, trabajar, y cumplir eficientemente con vuestros compromisos.

No olvidéis este proverbio: quien duerme, come.

No conserveis, por la noche, el polvo de la cara; al hacerlo, pierde el rostro su frescura y lozanía.

No descuideis la limpieza del cabello, para evitar una calvicie precoz.

No ignoreis que quien duerme más menos vive.

No durmais nunca con los vestidos puestos, ni os guéis por el prejuicio de que es perjudicial dormir con las ventanas abiertas.

No tengais nunca flores en el dormitorio.

No debéis leer antes de que se presente el sueño. La lectura en la cama, además de ser nociva, es peligrosa.

No olvidéis este aforismo: el mejor hipnótico es siempre... una conciencia tranquila.

Gabriel R. Aguilár.

### EN EL PIELAGO AZUL

En un bazar exótico encontré este amuleto: encierra en su estructura un poder milenario. Tiene un valor sagrado su profundo secreto que conocer me hiciera un fakir visionario.

Quien posee este extraño medallón de zafiro no sufrirá de amores la amarga pesadumbre. Por eso ante mis ojos serenamente miro pasar de las doncellas la alegre muchedumbre..

¿Qué hacer con mi tesoro si tu boca tan pura me dice que me amas con inmortal ternura? ¡Pongo ante el mar y el cielo a tus pies mi destino!

Arrojo mi amuleto al pielago azulado y a tu dulce inocencia y a tu encanto divino caballerosamente me entrego desarmado.

Froylán Turcios.

## LAS SEMBLANZAS Y PAISAJES DE JOSÉ RODRÍGUEZ CERNA

No está bien recibir el libro centroamericano, cuando es tal libro—fondo y forma en conjunción con la patria y con el mundo,—al modo de un simple estímulo para los nervios, un tanto adormilados bajo el sopor de la vida corriente. Está mal acogerlo con la indiferencia paradójica de un aplauso de cinematógrafo o de carnaval. Por eso vuelvo, después de mi primera página sobre la *Crónica de José Rodríguez Cerna*, a ampararme, como en un palacete del Rin o de la Costa Azul, en sus frescas imágenes de riachuelos y pastizales llenos de luna. Vuelvo a polarizar mi espíritu, con legítimo orgullo de centroamericano, en sus pilas mágicas; en sus paisajes nativos, en sus remembranzas de ambos mundos, en su alma misma. Veámoslo.

En su loa en honor de Manuel Valle, nuestro escritor habla de cómo el disimulo de la técnica hace el oficio de la piel que cubre al eficaz tendón de la mano. Lo técnico es, para Rodríguez Cerna, algo que debe cubrirse para que la finalidad salga espontánea, a la manera del chorro de agua que brota del peñasco. De idéntico modo se ocultan los tornillos de una máquina, bajo azules o dorados esmaltes; y la disección de una anémoma o de una perla nos arrebataría su encanto y naturalidad exteriores. Pero, ¿lo hace el guatemalteco con su prosa? ¿Disimula su técnica?

El problema es grave y toca, en cierto modo, a la crisis del estilo literario moderno. Hay—se sabe desde los tiempos de Cicerón—varios estilos: ricos, medios y sencillos, así como existen terciopelos, sedas y simples zarzas; casimires, mantas y jergas. Cada uno es propio de su motivo y forma de aplicarlo a la página, la crónica o al cuento, al tratado o al ensayo. Pésimo sería el estilo de Kant para los *Essays* de Montaigne; e imposible el de Renán para el coruscante panfleto de León Bloy. No es, pues, el estilo, más que un problema de positivas diferencias de asuntos, circunstancias y facultades. El de Rodó resulta, por tanto, bello, aunque alzado en voces y en imágenes; el de Hugo, magnífico en él y ridículo en sus imitadores, aunque aparatoso y grandilocuente; el de Voltaire, bellísimo en Voltaire. El de cada uno, cuando es grande o notable al menos, en cada uno. Y el de Rodríguez Cerna es, como la seda, rico en reflejos; como la piel de nutria, en suavidad y elegancia. Aunque disimula su técnica, se adivina

que, bajo el cobertor metálico, se mueve una maquinaria de reloj de mil pesos fuertes. Sabe lo que hace: es un verdadero maestro de la palabra. Y para apoyarme en autoridad ajena—la de un antólogo que aplaudiera Chocano con excepcional entusiasmo—afirmo con Froylán Turcios que no existe en América un cronista más ágil, más elegante, más fino, más sólido, que José Rodríguez Cerna. Raras veces se eleva la crítica de estas cinco repúblicas, con justicia, en el levantamiento de sus propios valores a pesar de que el patriotismo espiritual debe exigirlo y lo exige. Dígase cuanto somos. Y lancemos la envidia en el crematorio de las cosas viejas y sucias.

Mas, ¿es sólo forma o simple relato, el minué de su crónica? ¿O algo más que una danza de palabras e imágenes? Sentimiento en la descripción del paisaje y en el relato de lo que ahora; patriotismo en lo que defiende o sustenta; vibración anímica en todo; bondad en el elogio de sus mayores; justicia en el ataque sagaz y gracioso de su sátira; sonrisa bienhechora en su ironía.

Todas estas cualidades y excelencias se reúnen en el maravilloso ensayo que le destina a Chocano: la amistad, la admiración, la justicia, la elegancia, la sobriedad, la belleza alucinante de sus períodos. La culminación más amplia del cronista guatemalteco. De súbito pensamos: corresponde a tal poeta, tal crítico; al máximo cantor de América, su cronista más fino y más hondo. Una vez más, el pintor se eleva hasta su motivo en un portentoso ascenso de espontaneidad y de belleza. ¿No hacen los gobiernos que editan obras nacionales, una labor meritísima? ¿No son estos libros los ojos en que se muestra el alma de los países? Nos complacemos ampliamente advirtiendo, la de Guatemala, en la prosa espléndida del mejor cronista de América.

Moisés Vincenzi.

## PASTORAL

El mancebo robó un corazón. Y al arrancarlo del pecho de la gentil pastora, sus uñas se hundieron en la dulce entraña palpitante. Fue un corazón desgarrado el que robó el mancebo.

Por prados de margaritas y por bosques de pinos corrió, llevando el corazón que había robado. La sangre salpicaba la senda por donde huía el mancebo, y todas las abejas que embriagándose de estío había en el campo, volaron siguiendo el

rastró carmesí, como una zumbadora estela de oro.

Y era tanta y tanta la dulzura que había en el corazón de la pastorcilla, que las abejas no hallando diferencia alguna, fueron lijando la roja miel del corazón como la de una flor.

*Myriam Francis.*

Cartago, Costa Rica, 1943.

Un amigo del señor De Talleyrand le contó que acababa de tener un altercado con la señora De Genlis, que lo había colmado de improperios.

—¿Qué hicisteis?—preguntó el antiguo obispo de Autun.

—Le repliqué.

—Habéis hecho mal. Hay dos clases de personas de las cuales se puede recibir un cachete sin enojarnos nunca: las mujeres y los obispos.

## EL RETORNO DEL AMADO

(Traducción de Leonardo S. Kaim).

Apenas fué derrotado el enemigo, llegó la noche. En los cuerpos de los vencidos veíanse las heridas causadas por sables y lanzas. En cambio, los vencedores regresaron portando las banderas del triunfo, cantando el plan de la victoria al son de los cascos de sus bravos corceles que cual mazos golpeaban sobre las piedras del valle.

Llegaron al Jubbé, y la luna asomóse tras el Fam-III-Mizab, aclarando aquellas elevadas e imponentes rocas tapizadas por un bosque de cedros que parecían medalla de una gloria inmortal, puesta por la mano de los siglos sobre el pecho del Líbano.

Siguieron caminando. Los rayos de la luna relucían sobre su armadura, y las cavernas lejanas repercutían sus canciones. Alcanzaron la cima de un monte donde hicieron paro al oír el relincho de un caballo parado entre las rocas cenicientas. Cerca del triste animal hallaron un cadáver tendido sobre la tierra empurpurada con sangre humana.

El jefe de la legión, ordenó:

—Mostradme la espada y reconoced al dueño.

Algunos de los guerreros bajaron de sus caballos y rodearon al caído para examinarlo. Al instante uno de ellos respondió:

—Sus fríos dedos han abrazado con fuerza la empuñadura de la espada y sería oprobioso arrancársela.

Y dijo otro:

—La sangre se ha coagulado de tal manera sobre mano y empuñadura, atando la hoja al brazo, que los ha hecho una sola cosa.

El jefe se apeó, y acercándose al muerto, dijo:

—Alzad su cabeza de modo que la luz de la luna nos permita ver su rostro.

Obedecieron rápidamente, y tras el velo de la muerte se aclaró el rostro del difunto, en el que se leían el valor y la templanza. Era el rostro de un fuerte caballero, que para divulgar sus hazañas habla sin proferir palabras. Era un rostro triste y alegre, un rostro que recibe al enemigo con gesto serio y a la muerte con una sonrisa. Era el rostro de un héroe libanés que presenció la batalla de ese día y vió el triunfo de la vanguardia, empero no vió más para cantar con sus compañeros el peán de la victoria.

Cuando le quitaron el turbante y limpiaron su pálida cara cubierta por el polvo de la batalla, estremeciéndose el jefe y gritó con dolor:

—Es el hijo de Saabi. ¡Qué desgracia!

Los guerreros repitieron con ayes ese nombre. Luego guardaron silencio, y sus corazones embriagados por el licor de la victoria despertaron de improviso y reconocieron que la pérdida de aquel héroe aminotaba la alegría del triunfo. El pavor del instante los rigió cual estatuas de mármol paralizando sus lenguas. Es lo que hace la muerte en las almas heroicas: pues el llanto y los sollozos son para las mujeres, el lamento y los gritos para los niños; y para los hombres de espada no hay nada mejor que el silencio lleno de respeto y admiración, un silencio que como aquel oprime los corazones fuertes igual que las garras del águila el cuello de su presa; un silencio que es más expresivo que el llanto y los sollozos, y que sobre la desgracia añade pavor y dureza; un silencio que en el alma grande desciende desde la cima de los montes hasta lo más profundo de los mares; un silencio que anuncia la llegada de la tormenta, y si ésta no llega, el silencio hácese aún más terrible que ella.

Quitaron el ropaje del caído para ver dónde había puesto su mano la muerte. Las heridas de los sables se veían en su pecho como bocas espumosas que en la quietud de aquella noche hablaban del valor de los hombres.

El jefe se acercó más, e hincándose, vió que el brazo del muerto estaba vendado con una pañoleta bordada con hilos dorados. Lo examinó secretamente y adivinó qué mano había bordado la seda y cuales dedos habían tejido sus hilos... Lo guardó y retrocedió tapándose la cara con su

mano temblorosa. Esa mano que con fuerza cortaba las cabezas del enemigo ahora sentíase débil. El jefe lloraba porque había tocado un pañuelo que los dedos de una amada habían atado al brazo de un joven que vino a pelear impulsado por su valor, y ya muerto, regresará a ella cargado sobre los hombros de sus compañeros.

Mientras el alma del jefe divagaba entre la tiranía de la muerte y el secreto del amor, se oyó que uno de los presentes decía:

—Vamos a cavarle una tumba debajo de aquel encino, para que las raíces chupen de su sangre y las ramas se alimenten de sus restos; así se fortalecerá y será eterno, y hablará a las cumbres y a los valles de su valor y temeridad.

Y otro:

—Llévemole al bosque de los cedros y enterrémosle cerca de la iglesia, y así quedará protegido por la sombra de la cruz hasta el fin de los siglos.

Y otro:

—Sepultémosle aquí, donde la tierra se amasó con su sangre; dejad la espada en su diestra; sembrad su lanza a su lado, sacrificad su caballo sobre la tumba y dejad sus demás armas para consuelo de su soledad.

Y otro:

—No. No enterréis una espada teñida con la sangre de los enemigos. No sacrificuéis un petro que afrontó el campo de batalla. No abandonéis en estos bosques un arma acostumbrada al blandir de la mano y al vigor de los brazos; mejor llevadla a sus parientes porque es su mejor herencia.

Y otro:

—Hincaos a rezar en redor suyo y orad la oración del Nazareno, para que el cielo le oredone y bendiga nuestra victoria.

Y otro:

—Alcémosle sobre nuestros hombros, improvisemos un féretro con nuestras lanzas y escudos para conducirlo por este valle entonando el himno de la victoria; así contemplará los cuerpos de los enemigos y los labios de sus heridas se sonreirán antes de que los enmudezca el polvo de la tumba.

Y otro:

—Vamos a montarlo sobre su corcel y a hacerle un respaldo con los cráneos de los muertos. Haremos que porte su lanza, y así desfilará victorioso ante el pueblo, porque él no se rindió a la muerte hasta no hacerla cargar con miles de almas enemigas.

Y otro:

—Depositémosle sobre la falda de este monte,

donde el eco de las cavernas endulce su soledad y el murmullo de riachuelos lo alegre, y así descansarán sus restos en un bosque donde las pisadas de la noche serán suaves.

Y otro:

—No lo abandonéis aquí, que en el bosque la soledad es triste y dura, mejor llévemole al cementerio del pueblo, para que tenga por compañía las almas de nuestros ancestros que lo consolaban contándole la historia de sus batallas y glorias.

Entonces el jefe, plantándose en medio de sus hombres, los llamó con una señal. Luego dijo suspirando:

—No molestéis con el recuerdo de las guerras, no repitáis a los oídos de su alma que revolotea sobre nuestras cabezas; mejor llévemole silenciosamente a su hogar; porque en aquel pueblo hay un alma desvelada que espera su regreso: es el alma de una joven que ansía su glorioso retorno. Llévemole con ella para que lo mire y lo bese por última vez.

Lo cargaron sobre los hombros con las cabezas inclinadas; caminaban en silencio, seguían su caballo arrastrando la brida y relinchando de vez en cuando. Oíase el repercutir del relincho en las cavernas; dijérase que éstas tenían corazones sensibles al grito desgarrador del animal.

En medio de aquel valle alumbrado por la triste luna caminaba la legión victoriosa tras el cortejo fúnebre, y delante de todos, la sombra del amor iba arrastrando sus alas quebradas.

*Gibrán Jalil Gibrán.*

### BUFETE DURÓN

Law office.

Tegucigalpa, Honduras, C. A.

### DIEZ COSAS PARA PROGRESAR SOCIALMENTE

- Evite los malos compañeros.
- Escoja amigos que puedan ayudarle.
- Reflexione antes de obrar.
- Aprenda a distraerse solo.
- La mejor compañía es la de la familia.
- Resuelva solo sus problemas.
- No trate de figurar ostensiblemente en sociedad.
- Sea económico sin ser mezquino.
- Sostenga buena amistad con sus vecinos.
- Haga siempre cuanto bien pueda.

## LA ATLANTIDA

### I

*Por entre las brumas del pasado surge la tierra maravillosa que engendró una civilización superior. ¿Fué un terremoto? ¿Fué un levantamiento del lecho del mar? ¿Fué que la tierra se abrió y peretaron en ella las aguas, hasta absorber la inmensa isla? El planeta guarda su secreto. La Atlántida perdura, a través de los siglos, como el vestigio inicial de un período geológico.*

Albert Hermann, un profesor alemán cuya ascendencia hebrea le ha hecho ser víctima del odio hitleriano, ha formulado una nueva teoría para determinar la situación que ocupó la Atlántida, la tierra descrita por Platón y mencionada por Herodoto. Según Hermann, la Atlántida estuvo situada al norte de África. Esta afirmación del geólogo aludido hace recordar los relatos de Platón, quien decía que la Atlántida era una isla de grandes proporciones que se encontraba frente al Estrecho de Gades y que sus habitantes habían conquistado todo el África, pasando luego a Asiria, mientras por otra parte llegaron a Grecia.

Pueblo conquistador y dotado de alta civilización, dejó huellas evidentes de su cultura. Un cataclismo geológico, probablemente un terremoto, hizo desaparecer la Atlántida, absorbida por las fauces inmensas del mar. Este relato de Platón ha sido tomado en consideración por la ciencia moderna. Los estudios de geología mantienen, como principio cierto, que en las postrimerías del período terciario existió una gran isla que se extendía desde el sitio que ocupan las Canarias hasta las Azores. Luego de un cataclismo, la isla se hundió en parte y porciones aisladas de la misma, como promontorios, quedaron de centinelas sobre la desolada extensión de las aguas. Esta versión se corrobora con la existencia del Archipiélago de las Canarias, cuyas innumerables islas dijérase que son fragmentos de rocas arrancadas por las olas a un continente perdido en la noche de los tiempos.

Si la ciencia ha hecho luz en la existencia

Esperamos que las revistas y periódicos que reproduzcan los textos de *Ariel*, indiquen su procedencia. Esto lo creemos de justicia, pues nos irroga mucho trabajo la esmerada labor de selección.

de la Atlántida, también el ocultismo, con sus investigaciones sobre la civilización antigua ha hecho su aportación para que quede determinado que, efectivamente, hubo un continente cuyos habitantes alcanzaron un alto grado de civilización moral y material. Tal civilización fué de un relieve notable por estar basada en el conocimiento de las leyes superiores de la misma Vida. El historiador y el sociólogo, acostumbrados a estudiar el pasado de la humanidad desde una perspectiva invariable, prescindiendo de la intervención de las fuerzas espirituales, podrán considerar que la leyenda ha cubierto con el artificio de su encanto la existencia geológica de la Atlántida. Pero es el hecho de que no son los ocultistas los únicos que afirman la existencia del continente desconocido: son los geógrafos y los grandes maestros de la sabiduría antigua quienes han dado a conocer que el hombre ha sido morador de tierras en las que la vida social tuvo la misma manifestación que en el mundo presente. Vida que se interrumpió cuando los cataclismos cósmicos, como diluvios, inundaciones, volcanes, terremotos, hicieron que las aguas cubrieran la tierra.

### II

La teoría sentada por Albert Hermann nos recuerda las investigaciones de F. A. Mitchel-Hedges, en Yucatán y en Centro América. Este sabio, que es miembro prominente del Instituto de Arqueología de Londres, anexo al Museo Británico, sostiene que no sólo es cierta la existencia de la Atlántida, sino que hay indicios que revelan que, antes de las inundaciones acaecidas en el período terciario, existió una civilización muy avanzada. Temprana civilización que pereció en el diluvio. Y cabe aquí advertir que el diluvio ocurrió, como dice Mr. Mitchel-Hedges, no en la forma narrada por la Biblia, sino bajo la acción de cambios climáticos y de hundimientos en el seno del mar de enormes fajas de tierras continentales. Se reafirma en ello, el arqueólogo citado cuando expone: "Yo puedo afirmar que en aquel ciclo geológico, una vasta extensión de tierra, el este de la América Central, se hundió en el mar; y simultáneamente emergió otra porción de tierras, que vino a formar la América Central de nuestra época." Muchos pueblos desaparecieron en el fondo del mar; pero los supervivientes, los que moraban en la parte alta de aquellas tierras, pudieron salvarse y pasar, a través de las fatigas de una emigración, a otras tierras o continentes, estableciéndose en

ellos y formando nueva raza y otra cultura

III

Lemuria fué otra inmensa tierra integrada por zonas que hoy constituyen cada una casi un continente, India, África, Australia, parte del Centro de América y toda una extensa llanura, ocupada hoy por el Pacífico, con Japón y China, la Península de Malaca, y el Archipiélago de las Islas de la Sonda, formaban la Lemuria; zona ilimitada en cuyo escenario convivían corpulentos animales en gigantescos bosques. Una fauna monstruosa que reinaba bajo el dosel de los astros que en torrentes de luz irradiaban vida y magnificencia sobre aquel continente.

Vivió en él el hombre y hubo una civilización embrionaria en el continente de Lemuria, que un día desapareció, también, bajo las aguas.

En el proceso geológico del planeta Tierra surgió más tarde la Atlántida. Pero... ¿será esta Atlántida la tierra de que partieron los *bravos atlantes, de recia cultura y fiera envergadura*, para conquistar a Grecia? No. La Atlántida continental era otra. Era la tierra que fué cuna de una civilización superior, cuya cultura se desarrolló triunfante y cuyas desaparecidas ciudades duermen bajo las aguas, en el silencio de los siglos; o, quizás, cubiertas por las piedras de las montañas, al resquebrajarse el suelo, guardan avaras el secreto de sus construcciones y de sus palacios, allá, en lo profundo de la tierra.

Si la Atlántida se extendía desde África a América, por la región de México y del Centro, ¿cómo no conjeturar que en las milenarias riquezas arquitectónicas de los Mayas, esté la huella del paso de la cultura, del arte y de la ciencia de la Atlántida gloriosa, que a decir de algunos ocultistas poseyó *el secreto de la sabiduría?*

Otro arqueólogo, Mr. George C. Heye, que proclama la hegemonía de Atlántida, corrobora la tesis de que la civilización partió de ella y que a través de sus hombres, a quienes el cataclismo arrojó de su patria, llega por las costas del norte de África el influjo y el alma de la Atlántida hasta las márgenes del Nilo, para fundar otra civilización que estuvo animada, como la del continente inmortal, por el soplo de la *gran sabiduría secreta*.

M. Santiesteban.

—La verdadera sagacidad es la verdad, dicha algunas veces con fuerza y siempre con gracia.—  
*Duque de Choiseul.*

EL DIA MAS FELIZ DE LA  
EMPERATRIZ EUGENIA

Mauricio Paleologue preguntó a la emperatriz Eugenia cuál fué el día más feliz de su existencia. La respuesta fué la siguiente:

“¡Oh! Ante todo, el bautizo del príncipe imperial, el 14 de julio de 1856. En el trayecto desde las Tullerías a Nuestra Señora, yo iba sola con el emperador en la pomposa carroza de nuestra boda. El príncipe imperial, sus ayas y su nodriza ocupaban el coche anterior. Eran las seis de la tarde. A ambos lados de nuestra carroza cabalgaban algunos maticales. El sol, que empezaba a declinar, llenaba de púrpura la calle de Rivoli; desfilábamos en medio de una luz deslumbradora. Junto a mí, el emperador permanecía silencioso, ocupado en saludar. Yo también callaba. Una alegría inefable alegaba mi alma; me repetía interiormente:—*Por este niño, por mi hijo, la dinastía napoleónica echará definitivamente raíces en la tierra de Francia, tal como se implantó en ella, hace ocho siglos, la dinastía de los Capetos.* Terminada la ceremonia, cuando el emperador alzó en su brazo a nuestro hijo para mostrárselo al pueblo, mi emoción fué tan intensa que mis piernas flaquearon y tuve que sentarme precipitadamente.”

EL TIRADOR SILENCIOSO

En el campo de tiro de Pottet, un señor elegantemente vestido realizaba hazañas notables con la pistola, quebrando muñecos y ejecutando otros actos de destreza que provocaban el júbilo de la numerosa concurrencia que allí había. El único que no parecía prestar la menor

A R I E L

Aparecerá cada quince días en cuadernos de 32 páginas.

La serie de 3 números vale . . . . . ₡ 1.50

Número del día . . . . . 0.60

Número atrasado . . . . . 0.70

En Honduras y demás países de Centro América y en el exterior la serie de 3 números vale treinticinco centavos oro o su equivalente en moneda nacional.

atención ni conmovirse con las hazañas del tirador era un hombre de aspecto humilde, mal vestido, y a quien su pobreza reducía seguramente al papel de simple espectador. El señor, impaciente por el silencio de aquel individuo, lo miró con aire provocativo, sacó ostentosamente una pieza de veinte francos de su bolsa, la tiró al aire y antes de que descendiera la perforó con una bala de su pistola. Luego se volvió con aire triunfante hacia el mudo espectador de aquellas escenas. Por fin, éste rompió su silencio diciendo:

—Lamento mucho que mis medios no me permitan hacer lo que usted.

Luego sacó una moneda de veinte céntimos, la arrojó al aire, tomó una pistola, disparó y sólo cayó al suelo un pequeño anillo de plata.

### CONSEJOS

Observa diligente a tu maestra, la Naturaleza, y aprende sumiso sus lecciones.

El sol te dice: —Sé bueno como yo, que lo mismo ilumino al cedro de las montañas que a la verba de los prados.

Ni la alabanza enrojece más mi luz, ni la injuria la debilita.

Lo mismo caliente al que me alaba que al que me vitupera.

El árbol te dice: —Crezco para todos; mi sombra ampara lo mismo al gusanillo que se alberga en mi tronco, que a las aves que cuelgan su nido en mis ramas, como al hombre que alza su choza bajo mis frondas.

Mis ramas y tronco calientan el hogar y forman las embarcaciones y los mil instrumentos que ha inventado el hombre para su provecho y bienestar; y le presto mil servicios en todas partes, dejándome dócilmente manejar por él.

Mis frutas alimentan, mi raíz tiñe, mis hojas se utilizan. Soy el árbol del buen Dios, que crece para bien del hombre.

El campo te dice: —Siembra, siembra, sembrador. Abreme las entrañas, deposita en ellas la semilla; yo te daré ciento por uno.

Soy tu riqueza, soy tu amparo, soy el campo del buen Dios que da a los brutos y al hombre su alimento cotidiano. Soy generoso, por que soy bueno.

Los vientos y mares te dicen: —Trabaja: nos otros no conocemos la ociosidad.

Yo, dice el mar, llevo las embarcaciones de uno a otro continente; yo doy al hombre los peces, las perlas, las ostras y otros mil productos útiles a la humanidad.

Yo, dice el viento, muevo los molinos, hincho las velas de las naves, llevo en mis alas invisibles, de una a otra región, las diminutas semillas, y hago así, del páramo, un jardín; del desierto, un oasis.

Imítanos, hombre, imítanos.

Observa diligente a tu madre, la Naturaleza, y aprende sumiso sus lecciones.

L. Cadena.

### COLECCIONES DE ARIEL

Números 1 al 136 (2 grandes tomos empastados)..... ₡ 100.

### EL DESTINO

El destino es una divinidad ciega, inexorable, nacida de la Noche y el Caos. Todas las otras divinidades le están sometidas. Los cielos, la tierra, el mar, los infiernos están bajo su imperio: nada puede cambiar lo que él ha resuelto. El Destino, en una palabra, es la fatalidad en virtud de la que todo sucede en este mundo. Júpiter, el más poderoso de los dioses, no puede variar el Destino en favor de los dioses ni de los hombres.

Las leyes del Destino estaban escritas eternamente en un lugar en que los dioses podían consultarlas. Las tres Parcas eran sus ministros: estaban encargadas de ejecutar sus órdenes.

Se le representaba con el globo terrestre bajo sus pies y entre las manos una urna que encierra la suerte de los mortales. Se le da también una corona sobrepujada de estrellas y un cetro, símbolo de su poder soberano. Los antiguos, para hacer comprender que no varía, lo simbolizaban con una rueda fijada por una cadena: en lo alto de la rueda había una gran piedra y en lo bajo dos cuernos de la abundancia con puntas de azagava.

Según Homero, el destino de Aquiles y de Héctor está pesado en la balanza de Júpiter, y como la del último le encoleriza, es decretada su muerte y Apolo le retira el apoyo que hasta entonces le había concedido.

Los ciegos decretos del Destino han hecho culpables a muchos mortales a pesar de su deseo de ser virtuosos: en Esquilo, por ejemplo, vemos que Agamemnon, Clitemnestra, Jocaste, Edipo, Eteocles, Polinice, etc. no pueden substraerse a su destino.

Tan sólo los oráculos pueden entrever y revelar lo que está escrito en el libro del Destino.

### ADULACIÓN

En 1323 el parlamento de París condenó a la horca a Jourdain de l'Isle, señor De Casaubon, famoso por sus crímenes, y a quien el terror que infundía su nombre, el apoyo de hombres poderosos e influyentes y su parentesco con el Papa Juan XXII, le habían asegurado impunidad por mucho tiempo. El cura de Saint Merry, para adular al Pontífice, fué a buscar al depósito de cadáveres el cuerpo del condenado y le dió sepultura en su iglesia. Hecho eso escribió al Papa la siguiente carta de una delicadeza y felicidad de expresión notables:

"Apenas supimos que vuestro sobrino sería ahorcado nos trasladamos al lugar de la ejecución. Apenas vuestro sobrino fué ahorcado, fuimos a buscar su cuerpo al depósito y lo hicimos llevar a nuestra iglesia, donde le hemos dado sepultura honorable y completamente gratuita. Aprovecho de esta ocasión para recomendarle a la bondad de Su Santidad, etc., etc."

—Nada revela con tanta fidelidad la cultura y el valor de una persona como la propia manera de expresarse; puédesse, con sobrada verdad, parafrasear el conocido adagio: "Dime con quién andas y te diré quién eres", diciendo "déjame oír cómo hablas y te diré lo que vales."—*Juan B. Selva.*

### FRASE INGENIOSA

Gobernando ya tranquilamente don Nicolás de Piérola en el Perú y en feliz consorcio, de mócratas y civilistas, se inició el reparto de los puestos públicos, entregándolos a hombres de valer y sin hacer distingos de hombres de partido.

El antiguo jefe del Civilismo, discutible y temido Ministro antaño, doctor don Francisco Rosas, fué nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Buenos Aires.

El antiguo demócrata, don Melitón F. Porras, que había servido como diplomático y que después tomó participación substantiva en la revolución contra Cáceres, fué designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Santiago de Chile.

El príncipe del diarismo, don Andrés Ave-lino Aramburú, en la sección *Mentiras y Candi-deces* de su reputadísima *Opinión Nacional*, comentó ambos nombramientos así:

—Cosas de Su Excelencia! A la Argentina manda: Rosas. A Chile: Porras.

### BOLIVAR, CRITICO LITERARIO Y POETA

*Dos cartas dirigidas a  
José Joaquín de Olmedo*

Cuzco, 27 de junio de 1825.

Querido amigo:

Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de usted y un poema; las cartas son de un político y de un poeta; pero el poema es de un Apolo.

Todos los calores de la Zona Tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Cápac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles, que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes; de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de La Mar, un Agamenón y un Menelao; de Córdoba, un Aquiles; de Necochea, un Patroclo y un Avax; de Miller, un Diómedes; y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina y heroica, que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; usted, pues, nos ha sublimado tanto que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes.

Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises.

Si yo no fuese tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no lo creo. Usted es poeta, y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres.

Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español lo leerá como un canto de Facistol, de Boileau.

Por todo le doy a usted las gracias penetrado

de una gratitud sin límites.

Yo no dudo de que usted llenará dignamente su comisión en Inglaterra; tanto lo he creído que, habiendo vuelto la faz sobre todo el Imperio del Sol, no encuentro un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que usted. Uní a usted un manuscrito, porque no fuese que, llevado usted de la verdad poética, creyese que dos y dos forman cuatro mil; que nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero, para que no vea con su imaginación sino con sus sentidos, y para que no le permitan que la encanten con armonías y tropos, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y de los republicanos.

He llegado aver al país clásico del Sol, de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el Sol verdadero es el oro: los incas son los virreyes o prefectos; la fábula es la historia de Garcilaso; la historia, la relación de la destrucción de los indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos; mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva Naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco Cápac, Adán de los indios, salió de su paraíso ttiticaco y formó una sociedad histórica, sin mezcla de fábula sagrada o profana.

Dios lo hizo hombre; él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de que no teníamos ni idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece, porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que con más o menos poesía acabo de decir a usted.

Tenga usted la bondad de presentar esta carta al señor Paredes, y ofrezco a usted las sinceras expresiones de mi amistad.

Bolívar

Cuzco, 12 de julio de 1825.

Mi querido amigo:

Anteayer recibí una carta de usted, de 15 de mayo, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque usted se toma la libertad de hacer-

me poeta sin yo saberlo ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, usted se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que usted ha hecho su gusto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron rey en una comedia, y decía: *Ya que soy rey, haré justicia*. No se queje usted, pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio, daré palos de ciego, por imitar al rey de la comedia, que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas; y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre, sin medida, pueda dividir y tronchar a cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo; dejaré mis panegíricos para el fin de la obra que, en mi opinión, los merece bien, y prepárese usted para oír inmensas verdades o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide los versos de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré a mis maestros.

Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro procaicos y vulgares; o yo no tengo oído musical, o son... o son renglones oratorios. Páseme usted el atrevimiento; pero usted me ha dado este poema y yo puedo hacer de él cera y pabito.

Después de esto, usted debió haber dejado reposar este *Canto*, como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Ráscame usted dos años en hacer menos versos que usted, y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El inca Huayna-Cápac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él, la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó, y menos aún parece propio que no quiera el restablecimiento de su trono para dar preferencia a extranjeros intrusos que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio,

este desprendimiento no se lo pasa a usted nadie. La Naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la Naturaleza. También me permitirá usted que le observe que este genio inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del Cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la Reina Isabel; va sabe usted que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia y sin embargo, no escapó de la crítica.

La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra a atronar a los Andes, que deben sufrir la sin igual hazaña de Junín. Aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina *Iliada*; promete poco y da mucho. Los valles y la sierra proclaman a la tierra, el sonsonete no es lindo, y los soldados proclaman al general, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra.

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa ¿para qué me ha hecho usted rey?

Ciremos, para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

*Que al Magdalena y al Rímac bullicioso...*

Y este otro, 750:

*Del triunfo que prepara glorioso...*

Y otros que no cito por no parecer riguroso e ingrato con quien me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de usted, y el caudaloso Támesis se convertirá en Heli cona; allí encontrará usted su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton, hará una bella explicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos inclitos poetas usted se hallará mejor inspirado que por el Inca, que a la verdad, no sabía cantar más que yaravis. Pope, el poeta del culto de usted, le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caídas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Usted me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos; este criticón se indignaba de que durmiera el autor de la *Iliada*, y sabe usted muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la *Eneida*, después de nueve o diez años de estarla engendrando; así, amigo mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica o, mejor diré, mis palos de ciego.

Confieso a usted humildemente que la verificación de su poema me parece sublime; un ge-

nio lo arrebató a usted a los cielos. Usted conserva en la mayor parte del *Canto* un calor vivificante y continuo; algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos, nobles y hermosos; el rayo que el héroe de usted presta a Sucre es superior a la cesión de las armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima; oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes; aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que usted da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de La Mar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor; aunque los caracteres son diferentes el caso es semejante; y, por otra parte, ¿no será La Mar un Mentor guerrero?

Permítame usted, querido amigo, le pregunte: ¿de dónde sacó usted tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de usted al campo, es pindárica: y a mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina.

Siga usted, mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traducción de Pope y el *Canto a Bolívar*.

Perdón, perdón, amigo; la culpa es de usted que me metió a poeta.

Su amigo de corazón,

Bolívar.

## LA EQUITATIVA, S. A.

Jabón, velas y cirios.

Productos manufacturados con materiales puros de la mejor calidad.

Tegucigalpa, D., C., Honduras, Centro América.

## UN DISTRAIDO

El señor De Brancas, tipo de *El distraído*, de la Bruyère, estaba perdidamente enamorado de la mujer con quien se había casado aquella mañana. Después de la boda, tomó un baño y se recogió en su habitación. Su criado le dijo:

—¿A qué se debe, señor, que sigáis aquí, cuando hoy mismo habéis contraído matrimonio?

—Ah, pues, verdaderamente lo había olvidado—contestó el distraído.

## LAS MOMIAS QUE CURAN

De todos los curiosos remedios a los cuales recurre la humanidad doliente para mitigar sus males, ninguno tan extraordinario como el polvo de momias egipcias. Y se atribuía al betún que contiene, sus cualidades curativas. Originariamente se utilizaba para las enfermedades del pulmón, pero más tarde se convirtió en una verdadera panacea. Los médicos de la antigüedad creían en las cualidades terapéuticas del betún y varios autores aseguran que Babilonia y los distritos que circundan el Mar Muerto eran visitados con frecuencia debido a que eran fértiles en betún fresco. Abu Mansur Muvaiak, el gran doctor árabe, lo recomienda como una cura efectiva de la hemorragia y de las enfermedades del pulmón.

Pero la venta y el transporte de momias egipcias no era un trabajo fácil. Los habitantes del valle del Nilo no querían deshacerse de las reliquias de sus grandes hombres y temían también que los cristianos después de ingerir las momias, adquirieran poder sobre los egipcios. Los doctores de aquella época tuvieron, pues, que fabricar sus propias momias.

Y las había de distinta calidad. Las mejores, según Paracelsus y Osvaldo Knoll, médico de la corte del emperador Rodolfo II, eran la de los ahorcados de pelo rojo.

---

—Voltaire reconocía que no había cosa más fácil para convertir un talento en un espíritu falso, como leer los jurisperitos de Derecho Internacional Público.

---

## LA PATRIA

No hay manera más baja de amar a la patria que odiando a la patria de los otros hombres, como si todas no fueran igualmente dignas de engendrar en sus hijos iguales sentimientos. El patriotismo debe ser emulación colectiva para que la propia nación ascienda a las virtudes de que dan ejemplos otras mejores; nunca debe ser envidia colectiva que haga sufrir de la ajena superioridad y mueva a desear el rebajamiento de los otros hasta el propio nivel. Cada Patria es un elemento de la humanidad; el anhelo de dignificación nacional debe ser un aspecto de nuestra fe en la dignificación humana. Ascienda cada raza a su más alto nivel, como Patria, y por el esfuerzo de todos se remontará el nivel de la especie como humanidad.

José Ingenieros.

## DIEZ AÑOS DE APRENDIZAJE

Hay ciertos oficios que requieren un aprendizaje largo y una gran paciencia. Uno de ellos es el de lapidador de diamantes. Ese trabajo delicado de convertir la piedra en bruto en una maravillosa gema llena de facetas iridiscentes necesita una artesanía extraordinaria. Se le preguntaba cierta vez a uno muy famoso cómo había aprendido el oficio. Así contestó:

—A los nueve años comencé a observar el trabajo de mi padre, quien también había aprendido el oficio del suyo. Después cortaba manzanas durante varias horas para aprender los ángulos correctos de las facetas. Más tarde me sentaba todos los días, por espacio de un año, junto a la banqueta de mi padre observando su trabajo. Después se me permitió efectuar las operaciones más simples y, al cabo de cinco años, cortar las facetas mayores bajo la vigilancia de mi padre. Y así seguí hasta lograr la perfección actual. Pero la talla de brillantes la practiqué mis antepasados desde hace trescientos años. Llevamos el oficio en la sangre.

---

## LOS DIAS FERIADOS EN LA ROMA IMPERIAL

Interroguemos los calendarios que la epigrafía nos ha suministrado y que mencionan en sus fechas las celebraciones del pueblo romano. Cada una de sus columnas está repleta de días feriados. Hay las que puntualizan la evolución de los meses, la docena de los idus, la mitad de las calendas, un cuarto de las nonas: 22 por todos. Hay los cuarenta y cinco días de *feriae publicae*, cuya tradición se pierde en la obscuridad de los orígenes latinos y se perpetuó bajo el imperio; entre otros, las *Lupercalia*, en febrero; las *Parilia*, las *Cerialia*, las *Vinalia*, en abril; las *Vestalia* y las *Matralia* en junio; la novena de las *Volcanalia*, en agosto; las Saturnales que se extendían del 17 al 24 de diciembre. Hay los *ludi* o juegos, que terminaban el mismo día en que habían empezado; las cabalgatas del 19 de marzo y del 19 de octubre; la carrera en sacos de las *Robigalia*, el 25 de abril; las carreras a pie y en mulo de las *Consualia*, el 22 de agosto y el 15 de diciembre; el concurso de pesca con caña de los *ludi piscatorum*, el 8 de junio; las carreras de caballos del *equus october*, el 15 de octubre; las de los *ludi martiales*, el 1º de agosto; las del aniversario del nacimiento de Augusto, fundador del régimen, el 23 de septiembre; a lo que se debe añadir, en fechas que

variaban según los reinados, los aniversarios del natalicio (*dies natalis*) y del advenimiento (*dies imperii*) del príncipe reinante, y de la apoteosis de su predecesor, lo que aumenta la suma en otros doce días. En fin, y sobre todo, hay los ciclos de juegos, ya ecuestres, ya escénicos, o ecuestres y escénicos a la vez, que la República, en las horas graves de su historia, había instituido en honor de los dioses y que la ambición de los dictadores y la política de los Césares debían aumentar más tarde; los *ludi Romani*, fundados en 366 antes de Cristo y ahora extendidos del 4 al 19 de septiembre; los *ludi plebei* que hicieron su aparición entre 220 y 216 antes de Cristo y se celebraban entonces del 4 al 17 de noviembre; los *ludi Apollinares* que databan de 208 antes de Cristo, escalonándose del 6 al 13 de julio; los *ludi Cereales*, consagrados a Ceres en 202 antes de Cristo, se intercataban entre el 12 y el 18 de abril; los *ludi Megalenses* dedicados a la Madre Cibele el año 191 en que fué consagrado su santuario palatino, desde entonces renovados constantemente del 4 al 10 de abril; los *ludi Florales*, de que la diosa Flora no parece haber recibido el homenaje regular sino a partir del 173 antes de Cristo, se celebraban en condiciones especiales del 28 de abril al 3 de mayo; los *ludi Victoriae Sullanae*, en los que despuntó la pretensión de Sila a la divinidad, persistían doscientos años después de su muerte, del 27 de octubre al 19 de noviembre; los *ludi Victoriae Caesaris*, que del 20 al 30 de julio seguían recordando a los romanos las hazañas del conquistador de las Galias y habían completado, desde 45 antes de Cristo, las cuatro celebraciones aniversarias de Farsalia, Zela, Thapsus y Munda; en fin, los *ludi Fortune reducis* que Augusto había inaugurado a su regreso pacificador en 11 antes de Cristo y que llenaban una década, del 3 al 15 de octubre.

Recapitulemos: veintidós días aislada y obligatoriamente santificados, más cuarenta y cinco días de *feriae publicae* más doce días de *ludi* sin prolongación más ciento tres días de *ludi* agrupados en series más o menos largos. El cálculo se hace rápidamente, y, descartando ciertos dobles empleos en que dos fiestas coincidían y que, por ejemplo, dividían el 8 de junio entre las *Vestalia* y los *ludi piscatorum*, se llega a este resultado matemático: los días obligatoriamente feriados en la Roma imperial ocupaban más de la mitad del año. Es más, la cifra de 182 en que los hemos totalizado es tan sólo un mínimo que resulta siempre inferior a la verdad... Lo que hemos emitido en nuestra es-

tadística, se encuentra en la realidad; y tenemos que admitir, en último análisis, que en la época en que nos colocamos casi no hay un año romano en el cual, por cada día de trabajo, no hubiese uno o dos días feriados.

A primera vista, esta conclusión tiene algo que causa asombro. Reflexionando, aparece como la consecuencia inevitable de la evolución política y social que había llevado a los amos del imperio a servirse, amplificándolas, de las fiestas que la religión había introducido antaño en Roma, para consolidar su dominación sobre las masas que cercando su palacio llenaban la ciudad.

Jerónimo Carcopino.

El Jardín de las Caricias

## GENEROSIDAD

Said se había casado con una viuda llamada Hanifa, cuyo carácter llegó a ser detestable. A propósito de todo hablaba de los méritos de Osmán, su primer marido. Said, humillado, sufría en silencio. Una noche en que dormían uno al lado del otro en una estrecha terraza sin parapeto, Hanifa comenzó a soñar en voz alta. Pronunciaba el nombre de Osmán. Suspiraba y le agradecía sus caricias.

De pronto Said empujó violentamente a su mujer, que cayó, gritando desesperadamente, en una mata de cacto. Después de esto Said se durmió.

Al alba, Hanifa corrió hacia el Cadi.

—Venerable Cadi—declaró. Esta noche, mi marido, el traidor Said, quiso matarme. Dormíamos en nuestra pequeña terraza cuando me arrojó al vacío. Exijo que sea encarcelado.

El anciano hizo comparecer a Said y le preguntó:

—¿Por qué precipitaste a tu mujer desde lo alto de la terraza?

—Venerable Cadi—respondió Said—he aquí lo que sucedió. Dormíamos en esa terraza en donde dos personas apenas caben. Hanifa soñaba con su primer marido. Le hablaba, él la acariciaba... ¿Es cierto, Hanifa?

—Convengo en ello—murmuró la quejosa.

—El bienaventurado Osmán se había acostado entre nosotros. De pronto me di cuenta de que por discreción no ocupaba más que un sitio exiguo en nuestra estera y empujé a mi mujer. Ella cayó, y lo lamento; pero de esta manera Osmán pudo dormir.